

DAUALSEI

HOMBRE, HISTORIA



De tres grandes ciclos históricos está compuesto nuestro ser íntimo actual. El primero es Grecia, el hombre que aún le es posible dirigir su ser íntimo a la Naturaleza. La fusión del espíritu griego con el cristianismo forma el segundo ciclo, que se caracteriza por acoger el ser íntimo a la religión cuando el mundo falla; y el tercero, en el cual nos encontramos, es el del hombre que no puede escoger otra solución que la de su propia negación. Para podernos afirmar buscamos la nueva tabla de valores.

Los griegos son los últimos hombres felices que han existido. Después de ellos se pierde la seguridad en la forma de hacer efectiva nuestra vida. Cualquier gesto que haga un griego es capaz de inspirar un poema. En Grecia se escriben más hexámetros para cantar el vuelo de una mosca que para eternizar las propias gracias de Júpiter tonante. Todo es digno, magnífico: desde el retorcimiento doloroso de un cuerpo herido, hasta el arte de cultivar los campos. Un griego sabe de todo y no necesita de nadie; ya se cuidaron los poetas de su educación. Para el griego nada pierde sus contornos, todo tiene su figura, su forma y su proporción. Su ciencia es la geometría, la diosa que limita y mide. Al griego no se le ocurre dar el salto mortal que es interesarse por lo que hay antes y después de la proporción exacta y de la forma que ciñe. Esto lo deja para algunos espíritus melancólicos y aburridos que por allí vegetan molestando con sus impertinencias y sus dudas. Si la tierra es fértil y el Sol vence siempre a las tinieblas, para qué ocuparse de cuestiones que sólo a los dioses competen.

Ah, pero el prójimo puede no interesarnos, y no por eso nos han de perjudicar menos sus actos. Porque el mundo lo hago yo, y uno de los materiales con que lo he de forjar es forzosamente el prójimo, que también quiere hacer su mundo. Pero esto los griegos no lo sabían, sólo lo presentían y, temerosos, decidieron acabar con Sócrates, el de los malos agüeros.

Tremenda jugarreta fué la que les gastó a los griegos el número inconmensurable $\sqrt{2}$ que ellos motejaron de irracional, pero con el cual tuvieron que convivir en adelante, a pesar de no resultar muy griego. Las formas se habían abierto por uno de sus contornos y sólo quedaban dos posiciones: cerrar los ojos y seguir viviendo sin más curiosidades, o bien afrontar la situación y permitir que existiera una corriente

de aireación, que exigiría sus víctimas como un Dios más, y que al correr del tiempo necesitaría en holocausto a toda la humanidad.

El cristianismo aun nos promete un paraíso. Pero las cosas y los actos ya no valen por sí, sino por la intención que les acompaña. Hemos dejado el reino de la Forma y de la Proporción. Lo que importa ya no es simplemente vivir, sino vivir para ganar otra vida. Los actos ya no valen de por sí, sino para otra cosa. Se vive «en vista de». Cuando Thales, hombre práctico y comerciante de aceites, se puso a pensar, es que algo grave hay dentro ese objeto llamado hombre.

Vivir es estar haciendo alguna cosa. Y esa cosa que se hace cuando se vive se ha convenido en llamarla Historia. Ahora bien, hacer historia es complicar sobremanera el sencillo problema que es vivir. Porque este hacer historia no es simplemente mover con un palo el mar, sino que es crear cosas que nos entorpecerán en lo sucesivo la grata faena de trazar círculos en el agua. Una verdad tan grande como el mundo es la de Heráclito al decir que una sola vez nos podemos sumergir en el mismo río; pero este remojón tenemos que llevarlo a cuevas para siempre jamás. (Los contactos con el mundo son los que conforman nuestra persona, y persona no es nada concreto, sino lo que deviene. Una cosa es la forma, que hace las veces de mansión, o simplemente de covacha, y otra su morador que la da sentido. O sea, la persona da sentido a las formas y éstas son las que nos afectan. El mundo, entonces, está regido por lo que componga nuestra persona, que son muchas cosas y muy amalgamadas). Por lo que, siempre que determinemos vivir nos aparecerá, como una maldición, el recuerdo de aquella vez que nos bañamos.

Ortega nos ha definido claramente lo que es recuerdo: «recordar es, en germen, interpretación de nuestra vida» y añade, «no se podría recordar si el trozo de vida a que se refiere el recuerdo reapareciese con todos sus pormenores y, en consecuencia, ocupando el mismo tiempo que al ser originariamente vivido ocupó». Nada nos afecta en vano, por contra, cada experiencia es el impulso que constantemente recibimos hacia adelante, buscando llenar nuestra vida de recuerdos nuevos, es decir, que en el no poder hacer dos veces lo mismo reside la creación de la cultura. Porque cultura es interpretación del mundo y la única manera de interpretar las cosas es vivirlas, pero vivir es cargar con un peso que a cada instante pesa más, hasta llegar el momento en que es preciso optar a que unos no vivan tanto y así aligerar nuestra carga, dando parte de ella a los demás. Pero esos demás han de ser vidas que no vivan, puesto que de no ser así ya tendrían suficiente con la suya propia. O sea que el hombre actual necesita que los demás le lleven parte de su carga. El sabio, que se dió cuenta de eso, y que es, para hacer honor a su nombre, «moral», creó la técnica que le liberaba de las urgencias de la vida y le permitía atender a los problemas trascendentales que iban apareciendo en el horizonte.

Vivir es, pues, hacer historia y hacer historia es crear cultura que a su vez recae sobre la vida complicándola sobremanera. Las urgencias del hombre de la cultura son muy otras que las del hombre de la no cultura. Estamos transformados por la cultura; aquella cosa que parecía un pasatiempo se ha convertido en una obligación que no permite desatenderla ya que necesitamos cada vez más cultura para saciar nuestros crecientes terrores cósmicos.

Este es el estado actual del hombre. La cultura le ha absorbido, sin saber cómo, simplemente por una necesidad espiritual que sentía de dejarse absorber; pero hasta aquí no hubiera pasado nada, si no se diera el caso que ahora existe más cultura que capacidad de absorberla, y este rebosante no es la alegría de la abundancia sino la penuria de lo que se estropea por falta de lugar adecuado para su conservación.

Los problemas que el hombre tiene son capaces de absorber todos sus conocimientos, pero quien no puede absorber aquí es el hombre, que se encuentra con soluciones por todas partes pero que no sabe para qué sirven.

Hasta hace poco el hombre se encontraba primero con los problemas y después con las soluciones. De aquí que nos maraville el esfuerzo y el poder que significaba dominar la naturaleza en su mismo salvajismo. Se daba la vuelta al mundo con unas embarcaciones y unos instrumentos náuticos que para nosotros sólo tienen de tales el nombre, mientras que hoy día estamos más seguros en pleno desencadenamiento de los elementos que en nuestra casa. Estas seguridades solamente han servido para llenar al hombre de incertidumbre. Porque es el caso que hoy ya no se vive en la inconsciencia, sino en una absoluta alerta y completo estado de vigilia. (Los psiquiatras y los surrealistas no dejan descansar ni a los sueños.) Sabemos exactamente hasta dónde podemos fiarnos de nuestra ciencia, pero, después de este límite todo es absoluta obscuridad. Nuestro sentido de la realidad es claro, no tenemos casi necesidad de forjarnos ilusiones, sabemos nuestras posibilidades, individuales y universales, y también sabemos nuestras imposibilidades.

Desde luego nuestra posición es más auténtica. Los escollos que hasta aquí se han salvado eran puramente materiales, se trataba de ganar por la mano los arduos de la naturaleza y esto se conseguía con encadenarla por los números y hacerla acudir allí donde la necesitábamos, empleando sus propios elementos que eran los que teníamos en la mano y manejábamos a nuestra voluntad. Los astrónomos con lápiz y papel, sentados dentro de sus casas se permitían citar a lugar y hora determinada un astro sin temor de que éste les hiciera quedar mal. En cambio hoy no existe ningún físico que se pueda pasear tranquilamente por el jardín de su casa ni escribir con su pluma sin temor a que de pronto se encuentra que el paisaje y la pluma eran puras formas casuales que bien pudieron haber sido otras. Actualmente todas las ciencias desde la pura matemática hasta la biología se complacen en el equívoco. Las grandes leyes se han vuelto frívolas.

Pasa realmente que los métodos de investigación son muy otros y que la inteligencia ha optado por no hacer más síntesis. Esto ha sido otro exceso que, como es natural, nos ha llevado a este galimatías tan extraño como es la nueva ciencia. De todas maneras la etapa de conceisión que nos proponemos es la que nos ha de liberar de las falsas, aunque útiles, síntesis clásicas y de las cantidades superabundantes de materiales que existen aquí y allí, pero sin conexión. Ya que si todo lo extraemos de la naturaleza es en ella dónde todo cabe y dónde se encuentra la justificación del existir que está algo amenazada.

Existir, sí, pero se existe para alguna cosa. Porque si no se existe para nada, no se podrá decir que se exista, ya que faltará la conciencia de nuestras acciones que son las que certifican la existencia. O sea que cuando se determina existir (y esta es la primera de nuestras afirmaciones) se hace para algo, aunque sea simplemente para no hacer nada concreto, sino lo que nos va acercando la circunstancia; pero aun a pesar de esto nos vemos obligados siempre a decidirnos, ya que nuestras posibilidades son infinitas en cada instante para el futuro, pero lo que no podemos eludir es la circunstancia, que en resumen, es la presencia del pasado.

Añadamos ahora a esta obligación que tenemos de hacer intervenir la voluntad en uno u otro sentido, la presencia de la condición espiritual que caracteriza al hombre y que da valor a nuestros actos. O sea: tenemos una condición espiritual que obliga a la voluntad a que ejecute la acción valorizada.

En esta valorización interviene un sentido del nivel que hace que solamente aspiraremos a las posibilidades reales de nuestra capacidad, mostrándonos nuestros límites espirituales en la manera curiosa y elegante de la indiferencia. Lo que hace que el hombre esté insatisfecho de no agotar sus posibilidades, pero no de la limitación que le impone su capacidad intelectual orgánica.

La especialización es otra cosa. La limitación que experimenta el hombre especializado es horizontal, la otra es vertical. El hombre especializado es el hombre de la

ignorancia espiritual. Se siente incompleto ante los demás menesteres de la existencia y lo que le rodea es obscuridad absoluta. En su lugar el hombre no especializado, el hombre que simplemente existe pasa por su vida con un bagaje de soluciones que valen, ya que no se las ha impuesto nadie, sino que son cosecha de sus propias posibilidades, y por tanto, en el grado que sea, solución de todas sus premuras vitales.

Una parodia del sentido del nivel es la enseñanza hipnopédica que imagina Huxley en su libro «Un mundo feliz». Lo que allí se propone conseguir artificialmente es lo que realmente lleva el hombre encima, si en lugar de perfeccionar unos determinados movimientos a lo Charlot, en «Tiempos Modernos», se dedicara a desarrollar su persona y satisfacer sus deseos y sus querer tamizados por el carácter. Vivir plenamente la vida que por pura casualidad hemos recibido y que bien pudiera haber sido otra entre el número infinito que existen en la naturaleza.

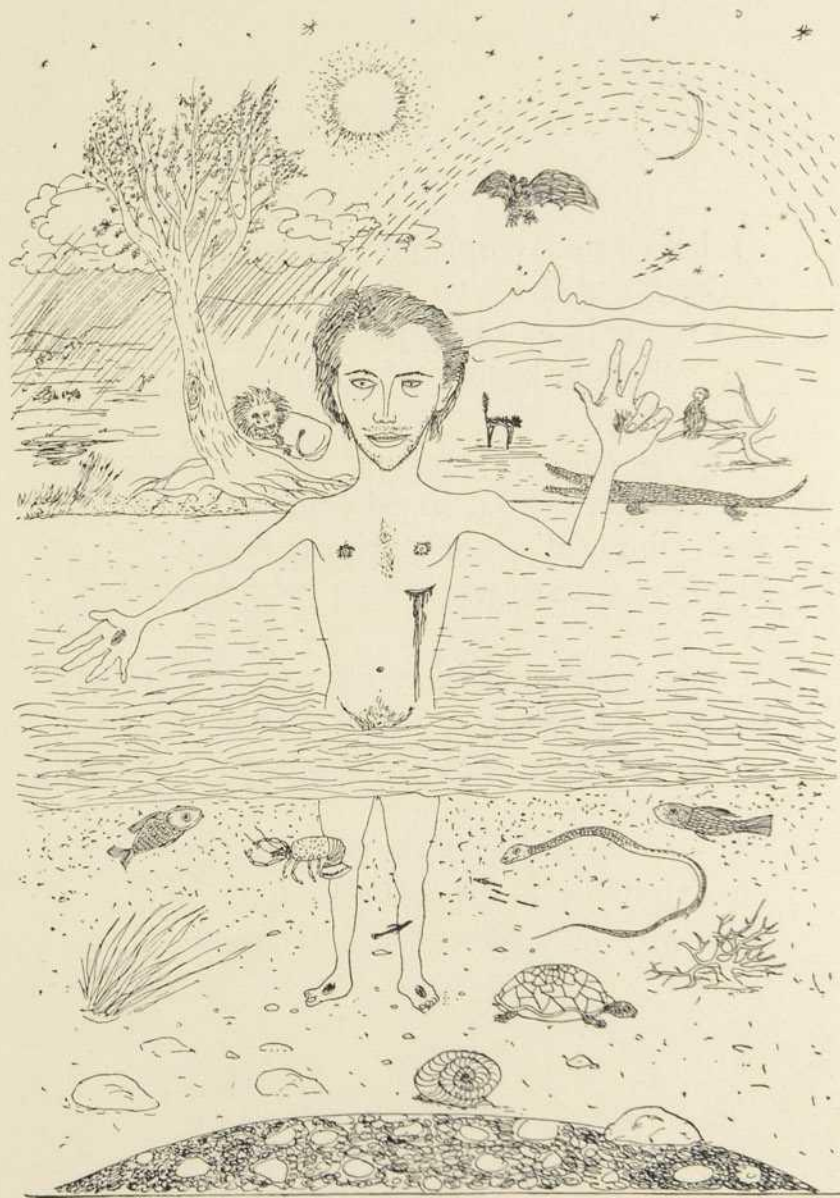
Tenemos que realizar nuestro ser y esto solamente lo conseguiremos si nos proponemos ser universales. Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido todo lo humano, dice Goethe. No es un azar que aparezca como una obsesión en la mente de los últimos grandes hombres, la idea del historicismo. Es decir la comprensión de nuestra individualidad y de nuestros semejantes (la sociedad) por el estudio de todas las formas que ha asumido a través de los tiempos y que forman nuestra personalidad.

Esto significa que nada de lo que ocurre es ajeno a nuestra suerte y ésta no es un prurito personal sino que debemos gritar gozosos cada vez que alguno de los hombres logra profundizar un punto más del Cosmos. Aunque, como a Giordano Bruno, estos gritos nos lleven a la hoguera.

Entre los griegos historia es narración de curiosidades porque se vive aun desde la naturaleza. Para nosotros es un problema porque se vive desde la especialización. Esta es la realidad que Nietzsche vió: «...hombres que carecen de todo, sin perjuicio de tener algo en exceso; hombres que no son nada más que un gran ojo, o una gran boca, o un gran vientre, o cualquier otra cosa grande» y añade: «...ando entre los hombres como entre fragmentos y miembros de hombres».

El historicismo que permite a su vera todas las perspectivas, ya que se considera a sí mismo una entre las demás, se ha convertido en el único punto de vista posible y desde el cual es posible hacerse cargo de la realidad. Y esta realidad nos muestra que el hombre es un ser histórico, no solamente ahora sino en el pretérito y en el futuro. Mientras exista este extraño ser de condición espiritual, su vida consistirá en la busca de su propia razón que es tan infinita como el mundo mismo. El hombre es un ser trágico, no se encontrará jamás a sí mismo.

ARNALD PUIG
Madrid, maig del 1948



ANTONI TÀPIES. DIBUIX

D O S S O N E T S

A les anques empremtes d'ocellot.
Calar foc a la bèstia no m'atura,
i la moneda es torna pedra al sot
on callarà la barba qui pastura

amb els peus a les mans. Tampoc no es pot
esgarrapar, ací, en finestra dura,
amb ploma d'oca d'escriptor remot,
la pedra que es precisa en nit obscura.

Jo faig sortir una serp que es menja el pa.
Figures de gegants que la nit porta
jo esguardo convertit en roquissar;

i la tempesta que la nit fa torta
en el fons de la cova cerco en va,
marcades les orelles a la porta.

Qui encisa agulla i fil per a aquest plec
nocturn? El peix naval de quina gerra
aplaca els meus desigs de nit quan gec?
Hi ha metalls a l'entranya de la terra

formant-se com planetes. Hi ha un aplec
d'arenas i de cendres a l'esquerra
dels ocells. Homes marxen a peu sec
sobre el mar, la mirada envers la serra.

Però el matí no em vingui a espantar
com una làmina al final d'un llibre.
Poso color mòlt dins la flauta i ja

cosits els ulls del llangardaix amb fibra
de seda, el sol comença a aspirar
les aigües. La terra és un home i vibra.

JOAN BROSSA

